



**MAX HORKHEIMER Y THEODOR ADORNO:
UNA VISIÓN FRANKFURTIANA DE LA FILOSOFÍA Y DE LA INDUSTRIA
CULTURAL**

Sergio Andrés Gutiérrez García*

Este escrito expone una serie de ideas pertenecientes a la célebre *Teoría Crítica*, especialmente, a su principal objetivo de hacer un análisis crítico de la cultura de masas, del capitalismo y del entonces preponderante régimen fascista, con el fin de emancipar a las personas de las estructuras dominantes establecidas en la sociedad moderna. Esta exposición derivará en la exhortación declarada por Horkheimer acerca de la legítima labor que nos debería convocar como filósofos y que, dadas las circunstancias socio-culturales actuales, diríamos se encuentra más vigente que nunca.

* Profesional en Filosofía, Universidad del Quindío. Correo electrónico: saggliev23@outlook.com

Usualmente cuando las personas discuten sobre conceptos propios de áreas como la física, la química, medicina, historia, etc. suelen figurarse definiciones concretas y ponerse de acuerdo respecto a la posición que ocupan en la sociedad tales disciplinas. Esto, sin embargo, no ocurre en el ámbito de la filosofía; generalmente estudiantes y de hecho también maestros se ven en aprietos y vacilan ante la pregunta por lo que la filosofía es. Sea cual fuere la definición proporcionada –si es que se llega a una– se comprobará, sin grandes dificultades, que no supone una definición universal y que, de hecho, la concepción que se guarda de la filosofía es bastante voluble.

Antiguos, modernos y contemporáneos nos sugieren cosas distintísimas: autoridades como Platón y Kant le comprenden como “una ciencia exacta que posee un criterio de verdad propio, un campo de investigación y un objeto específicos.”¹. Por su parte, pensadores como Ernst Mach, la conciben como la encargada de conciliar y sintetizar a las ciencias especiales en aras de forjar un ‘todo unitario’, también Bertrand Russell se inscribe dentro de dicha concepción unificadora, al considerar que la labor de la filosofía es la síntesis lógica por medio del así mismo análisis lógico. Otros simpatizantes con tal visión de la filosofía fueron Hobhouse, para quien la filosofía tiene como finalidad la “síntesis de las ciencias”; y Comte y H. Spencer, para quienes la filosofía suponía la “totalidad del saber humano”. Vemos, pues, cuán mudable es la noción que se ha tenido, se tiene y que, seguramente, se tendrá de la filosofía.

Aunque buena parte de filósofos han recalcado el talante *científico* de la filosofía, otro buen número de ellos insiste en poner en jaque tal suposición. Algunos plantean el confinamiento de la filosofía al plano de lo *estético* únicamente; en donde se encargaría, por ejemplo, de ordenar de manera armoniosa los pensamientos y las acciones. Los resultados de la actividad filosófica serían medidos en términos de *belleza*, para algunos se trataría de una *labor estética*, relacionada únicamente con el arte y en donde, por tanto, no habría lugar para las pretensiones de científicidad (algunos de estos pensadores fueron: Schiller, Novalis, Bergson y Hölderlin).

¹ Horkheimer, 1940:272

Tal divergencia y multiplicidad de opiniones no se reservan, sin embargo, al “carácter general” o a la respuesta por lo que la filosofía es; la diferencia de pareceres se aloja incluso en el *contenido* propio del quehacer filosófico. Para algunos, la filosofía se relacionaría con “el conocimiento de Dios” o, lo que es igual, con los conceptos y leyes supremas del *ser*. Para otros, atiende a lo *a priori*, o a problemas de índole metafísica que, como lo veía Samuel Alexander, consisten en “el estudio empírico de lo no empírico o *a priori*, y de aquellos problemas que derivan de la relación de lo empírico con lo *a priori* (espacio, tiempo, divinidad).”². También están quienes la consideran una ciencia de la experiencia interna; incluso, positivistas lógicos como Carnap, quienes la relegaron de manera expresa a los problemas de tipo lingüístico; para otros, como Windelband y Rickert, la filosofía habría de dedicarse al estudio de los “valores universales” como lo son la verdad, el bien y la belleza.

De hecho, el asunto va más lejos todavía, y es que ni siquiera en el *método* del proceder filosófico se logra unanimidad de creencias. Para los neokantianos, la labor filosófica habría de consistir en “el análisis de conceptos y en su reducción a los elementos últimos del conocimiento”; la fenomenología de Husserl y de Heidegger se opone al empiriocriticismo; la logística de Russell y Whitehead arremete contra la dialéctica de Hegel y, para pensadores más flexibles como William James, el modo de filosofar “depende del carácter y de la experiencia de quien filosofa”. Todo este cúmulo de definiciones diversas es proporcionado por Horkheimer, con el fin de evidenciar la situación tan especial en la que se halla la filosofía respecto del resto de actividades intelectuales. Pues, aunque ellas no estén exentas de tener aspectos controversiales, reconocen cierta “orientación general” y, además, existe *consenso* entre los expertos de cada ciencia específica, en lo concerniente al proceder metodológico por lo menos. En filosofía, como vimos, no ocurre tal cosa. Con todo, no resulta muy extremo pensar que –siguiendo a Horkheimer– al emplear el término «filosofía», quien le profiere, comparte con sus interlocutores una idea más o menos *vaga*.

² *Ibíd.*: 273

Tenemos, no obstante, buenas razones para explicar y hasta justificar tal divergencia de opiniones. Y es que, en el quehacer filosófico, la *refutación* es una herramienta intelectualmente valiosísima. Cuando dos personas están completamente de acuerdo en algo, no hay nada más qué decir. Pero retomemos el hilo del escrito de Horkheimer.

Los problemas científicos surgen en respuesta a una necesidad *social* y responden a un marco social determinado. Lo cual no implica que toda investigación científica resuelva necesidades, o que algunas de estas no puedan sencillamente ser prescindibles, por su poca relevancia. Esta crítica al cientismo puede sintetizarse en la siguiente afirmación: “La ciencia no constituye ninguna excepción en cuanto al mal uso de energías que se observa en todos los dominios de la cultura.”³. La ciencia, por el mero hecho de ser ciencia, no se halla exenta del error, pues supone una actividad humana y, como tal, se encuentra sujeta a la imperfección, a la *falibilidad*. Aunque nadie discute que la “esencia” del trabajo científico permite el enriquecimiento de la vida humana, en términos del progreso de la técnica y del conocimiento.

La filosofía es más “libre” al respecto. En el sentido de que no soporta el mismo peso social y, aunque se le solicita encontrar solución a los problemas para los cuales la ciencia es insuficiente, la *praxis social* no le reconoce logros. A lo largo de la historia se han registrados casos –piénsese en Descartes o en Leibniz– en donde los aportes realizados por los filósofos se han inscrito como avances concernientes a la “ciencia positiva”. Se ha tomado del filósofo lo que resulta ser de utilidad y el resto de sus reflexiones, igual de relevantes a sus hallazgos, son desechadas y tomadas como vestigios del ejercicio retórico propios del pensador; lo singular del asunto es que esto al filósofo le es irrelevante. El filósofo mantiene, pues, una relación delicada con la sociedad a la que pertenece.

El carácter *rebeld*e de la filosofía respecto a la realidad es fruto de “sus principios immanentes”. El filósofo se empeña en defender la idea de que “las acciones y los fines del

³ *Ibíd*: 274

hombre, no deben ser producto de una ciega necesidad”. Se trata de un rechazo a la aceptación de costumbres, conceptos, formas sociales, etc., de manera *acrítica* y casi que mecánica. La filosofía ataca la *costumbre* que amenaza con “petrificar” los espíritus de los hombres. En las bellas palabras de Horkheimer:

El impulso de la filosofía se dirige contra la mera tradición y la resignación en las cuestiones decisivas de la existencia; ella ha emprendido la ingrata tarea de proyectar la luz de la conciencia aun sobre aquellas relaciones y modos de reacción humanos tan arraigados que parecen naturales, invariables y eternos.⁴

El filósofo es, pues, el hombre que camina contra corriente entre las masas, sacudiendo a los hombres y gritándoles con desesperación: “*Sapere aude*”. Aunque bien podría decirse que la creación de inventos y modificaciones de tipo tecnológico, propios de la ciencia, también pueden evitar que las sociedades caigan en el sopor de la costumbre, al encontrarse en constante perfeccionamiento, ya que “los fundamentos de la sociedad actual cambian constantemente por la intervención de la ciencia.”⁵ Pese a ello, encontramos que el pensar y el actuar de los individuos no ha prosperado tanto como se quisiese. Parece ser que muy por el contrario las acciones se han tornado aún más mecánicas y monótonas si se contrastan con épocas anteriores, cuando lo que movía al hombre era cierto tipo de consciencia inspirada en la convicción. El “progreso” ha traído consigo atraso intelectual, en la medida en que “ha contribuido, incluso, a cimentar con más firmeza viejas ilusiones y a producir otras nuevas, sin que la razón pudiera nada contra ello.”⁶ La industrialización e influjo de las instituciones culturales, han atrasado o erradicado la maduración intelectual.

Hay que decir que el legítimo *progreso* de la humanidad poco tiene que ver con los logros científicos, o con la mejora de métodos industriales. Pues, “es notorio que los hombres, pese al avance de la ciencia y la técnica, empobrecen material, emocional y espiritualmente”. En verdad, *ciencia* y *técnica* suponen solamente dos aspectos de la

⁴ *Ibíd.*: 276

⁵ *Ibíd.*: 277

⁶ *Ibíd.*: 277

totalidad social; más bagaje de información no se traduce necesariamente en hombres más sabios o más *felices*.

Sería muy pretencioso afirmar que la filosofía, por su parte, sirve como catalizadora para alcanzar tal potencial... Pero al impedir que “el pensamiento se interrumpa en ninguna parte” y, al evitar que en algunos ámbitos de la vida se solidifique el *hábito* y se le tome por ley eterna e inmutable, sí podemos asegurar que posibilita la *libertad* –de consciencia y de raciocinio– que habilita a cada hombre para que “analice sus acciones y configure él mismo su destino”.

A diferencia de otras disciplinas, la filosofía carece de un campo de acción firmemente demarcado. Debe siempre “confiar en sí misma, en su propia actividad teórica. La determinación de su objeto forma parte de su programa en medida mucho mayor que en el caso de las ciencias especiales [...]”⁷. Por ello, no resulta extraño que entre colegas filósofos exista cierto tipo de recelo hacia aquellos que trabajan dentro de un campo delimitado, y cuyas investigaciones resultan más *útiles* a nivel social. Tales intelectuales se empeñan en “<<vender>> la filosofía como una clase especial de ciencia o, al menos, por demostrar que ella es útil a las ciencias especiales”. En este punto la filosofía pierde su atributo *crítico*, el cual es reemplazado por la labor de “servidora”, asumiendo un rol como *instrumento* de la ciencia y de la sociedad. Pensemos, por ejemplo, en la filosofía como actividad encargada del análisis y la depuración del lenguaje; como una mera *auxiliar*.

La filosofía como ideología

Algunas ramas de la sociología identifican la labor filosófica con una función social específica, a saber: la *ideología*. Esto se traduce en que toda reflexión filosófica no es otra cosa que la expresión de una situación social en concreto. Cada grupo social, como las

⁷ *Ibíd.*: 279

denominadas tribus urbanas, por ejemplo, “desarrollarían un aparato conceptual de acuerdo con su situación, así como determinados métodos y estilos de pensar”. Se trata, entonces, de concebir que todo sistema articulado de pensamientos constituye una ideología, y que cualquier tipo de actividad reflexiva o cultural, pertenece a un grupo social determinado. No obstante, la anterior perspectiva sociológica resulta insuficiente, pues, nos dice Horkheimer, que corre el riesgo de relacionar erróneamente “filosofemas importantes”, con grupos sociales que no resultaron tener una influencia concluyente y se arriesga, además, a interpretar mal el impacto del grupo en cuestión en la totalidad social. Sin embargo, la mayor dificultad que enfrenta esta concepción, consiste en la idea de que cada estructura de pensamiento pertenece a una –y sólo a ésa- clase social determinada. Tal actitud, lo único que hace es mirar a la filosofía bajo el lente único de una ciencia especial, a saber, desde la *sociología*.

Las ideologías como principal medio de dominación de las masas

Para Adorno las ideologías se traducen en el instrumento de dominación por excelencia. La cultura cosificada y transfigurada ahora en *objeto* de la Industria –esto es, la Industria cultural- busca minar el espíritu de las personas y, con ello, el cuerpo eventualmente se verá también sometido. Este sistema es tan flexible, que otorga a los hombres la ilusión de que son autónomos, de que son dueños de sus vidas. En realidad, la Industria inyecta a los hombres una serie de pseudodiscursos como lo son el *éxito*, *la felicidad*, *el deseo*, *el placer*... y, mediante ellos, les convierten en individuos mucho más dóciles, débiles y maleables. Quien no encaja dentro del sistema, quien no produce ni consume será aislado, reducido a menos que paria, a un “impotente económico”.

Las masas se aferran insistentes a la misma ideología que les esclaviza, se someten sin resistencia a todo lo que les ofrece. El *conformismo* del consumidor ayuda a perpetuar este “velo ideológico” y, existe una suerte de “eterna repetición de lo mismo”, en donde lo

“novedoso” u “original”, no es más que una manera más o menos creativa de presentar los mismos productos. En palabras de Adorno: “La máquina rueda sobre el mismo lugar. Mientras determina el consumo, descarta también lo que no ha sido experimentado”⁸. Están a tal punto estandarizados los productos culturales, que —a la manera platónica— pareciesen ser entidades fijas e invariables, de cuyo modelo no es lícito alejarse⁹.

La *diversión* juega un papel vital para la Industria y se filtra en múltiples dimensiones de lo humano, como en el arte, por ejemplo. Ahora el “arte serio” se encuentra vetado para quienes la “opresión de la existencia” no les permite más que contentarse con los breves momentos en que se hallan libres de la cadena que les ata. Uno de los movimientos estrella de la Industria consiste en subsumir y unificar *arte* y *diversión*, mediante la *repetición*. La Industria cultural es la industria de la diversión: diversión como el opio de las masas¹⁰. La fuerza de la Industria radica en la *necesidad* que genera, mitos como la felicidad o el éxito, no hacen más que suscitar en el sujeto la sensación de que algo le hace *falta*, la “ausencia de...” es el principal motor para el consumo. Se trata de una producción en masa de productos para propiciar placer, diversión o felicidad a los individuos que tan libres se saben, y que creen estar consumiendo esto o aquello por decisión propia. El clásico escenario del empleado promedio que durante todo el día produce para la Industria y, al llegar a casa, enciende el televisor para placerse en “su tiempo de ocio”, para levantarse al día siguiente con fuerzas renovadas a seguir produciendo y/o consumiendo. Así, la Industria se encarga de materializar el mito de Tántalo, ubicando a los consumidores cerca de aquello que nunca tocan. Se trata de producir indefinidamente en los sujetos el sentimiento de ausencia, el ansia de placer; proporcionarles multiplicidad de objetos de deseo, a los que nunca llegan de manera efectiva.

El *engaño* de la Industria no yace en el rol que juega como distractora, sino que consiste en el malogramiento del placer, de la *felicidad*, al confinarles y encadenarles mediante estereotipos a los clichés. La Industria de la diversión se vale de la *risa* como un

⁸ Adorno, 1991:179

⁹ Véase el caso de la industria cinematográfica y sus *estereotipos*.

¹⁰ Haciendo una adaptación de la célebre frase de Marx.

instrumento de estafa a la felicidad; hace las veces de “baño reconfortante”. Tenemos que: “En la falsa sociedad la risa ha invadido la felicidad como una lepra y la arrastra consigo a su indigna totalidad”¹¹. En verdad, y según la opinión de Adorno, los momentos de felicidad no conocen tal asociación: “La verdadera alegría es austera”, nos dice. La risa supone siempre la burla de algo o alguien, y de alguna forma hace que los consumidores se olviden y se resignen ante sus propias desgracias.

La pérdida del espíritu crítico

«Divertirse significa siempre estar de acuerdo», he aquí la renuncia a la Razón crítica. “Divertirse significa siempre que no hay que pensar, que hay que olvidar el dolor, incluso allí donde se muestra.”¹². Hablamos aquí de la alienación de la subjetividad, de la pérdida de identidad; es la aceptación de la ilusión de libertad y de otros pseudodiscursos como lo son el éxito y la felicidad¹³.

La pérdida del espíritu crítico por parte del artista, del intelectual, es una de las más graves consecuencias. Hubo una época en donde sí se respondía al llamado del pensar crítico: en tanto que Kant y Hume se designaban en sus cartas como “siervos humildísimos” mientras minaban las bases del trono y del altar, hoy los intelectuales se tutean con los jefes de Estado, mientras obedecen de ellos la forma en que deben conducir sus impulsos artísticos.

Con todo, al individuo se le despoja de su facultad para el pensamiento crítico, los pensamientos propios sobran cuando se está frente a la pantalla del televisor, del

¹¹ *Ibíd:* 185

¹² *Ibíd:* 189

¹³ No debe entenderse que el *éxito* y la *felicidad* son pseudodiscursos, más bien, que devienen en tales tras la manipulación y tergiversación por parte de la Industria, que les aparta de su sentido genuino.

computador o del celular, después de todo, ¿quién necesita pensar cuando se está divirtiendo? Cualquier atisbo de esfuerzo intelectual, cualquier contexto de significado es evitado meticulosamente y opacado por la payasada y el absurdo. “La idea misma es, como los objetos de lo cómico y de lo horrible, masacrada y despedazada”¹⁴.

Cosificación del hombre por parte de la Industria

La Industria cultural *cosifica*, instrumentaliza y convierte al hombre en un algo prescindible, en un objeto más del mercado. La idea del *éxito* es moldeada por ella hasta mutar por completo, no hablamos ahora del noble camino *per aspera ad astra* (a través del esfuerzo, el triunfo), sino de aquel que resulte más cómodo y que conlleve con mayor rapidez al “premio”. Este desprestigio por el esfuerzo no resulta extraño si tenemos en cuenta que esforzarse implicaría, como mínimo, la autonomía del sujeto.

La Industria cultural deja abierta la posibilidad para que los consumidores se sientan libres, cuando en realidad su “libertad” se resume en elegir qué modelo de auto comprar, qué marquilla de zapatos usar, o qué canal sintonizar. He aquí la concepción que tiene la Industria de las personas: nada más que un ‘*algo*’ que *produce* y *consume*... En las palabras de Adorno:

La industria está interesada en los hombres sólo en cuanto clientes y empleados suyos y, en efecto, ha reducido a la humanidad en general y a cada uno de sus elementos en particular a esta fórmula que todo lo agota.¹⁵

¹⁴ *Ibíd.*: 182

¹⁵ Adorno, 1991:191

La verdadera función de la filosofía

El legítimo quehacer filosófico apunta hacia “la crítica de lo establecido”. No hablamos aquí del individuo pseudointelectual que adopta la fastidiosa actitud de criticarlo todo, casi que por deporte. Se habla de «*crítica*» en el sentido del examen y el análisis juicioso y racional de un problema determinado. En este caso, se trata de la crítica como herramienta que permite evitar a toda costa “que los hombres se abandonen a aquellas ideas y formas de conducta que la sociedad en su organización actual les dicta.”¹⁶. La auténtica función social de la filosofía es, pues, la lucha contra la *costumbre*.

De nuevo recalcamos que la función social de la filosofía apunta, nos dice Horkheimer, hacia el “desarrollo del pensamiento crítico y dialéctico. La filosofía es el intento metódico y perseverante de *introducir la razón en el mundo*”¹⁷; esto hace que su posición sea precaria y cuestionada.”¹⁸. Es por ello, que la filosofía ha de ser obstinada y, pese a que carece de una utilidad inmediata, es a ella a la que acuden los hombres cuando se topan con los conflictos y *crisis* de sus vidas tanto públicas como privadas. El filósofo se enfrenta con lo que nadie más quiere, la reflexión filosófica permite que los hombres se percaten del abismo existente entre los principios según los cuales se juzgan unos a otros, y la realidad social que ellos erigen con sus actos; son este tipo de verdades, las que incomodan.

En suma, la “dinámica de la historia total” centra a la filosofía en la realidad social y ubica, así mismo, a la realidad social, en el centro de la reflexión filosófica. Como herramienta primaria de la filosofía está la *crítica*, no como condena o rechazo de una cosa cualquiera; lo que Horkheimer entiende por crítica es: “El esfuerzo intelectual, y en definitiva práctico, por no aceptar sin reflexión y por simple hábito las ideas, los modos de actuar y las relaciones sociales dominantes [...]”¹⁹. El ejercicio crítico se esmera en *armonizar* ideas y

¹⁶ Horkheimer, 1940:282

¹⁷ Las cursivas son mías.

¹⁸ *Ibíd*:285

¹⁹ *Ibíd*:287

metas de una época dada, con los sectores aislados de la vida social. Concluimos esta presentación, con las palabras últimas del escrito de Max Horkheimer, en donde insiste que el *deber* social, propio a nuestra condición de filósofos es el de:

[...] luchar para que la humanidad no quede desmoralizada para siempre por los terribles acontecimientos del presente, para que la fe en un futuro feliz de la sociedad, en un futuro de paz y digno del hombre, no desaparezca de la tierra.²⁰

²⁰ Horkheimer, 1940:289

Bibliografía

Horkheimer, Max y Theodor Adorno. (1998). *Dialéctica de la ilustración. Fragmentos filosóficos*. Valladoid: Trotta.

Horkheimer, M. (1940). *Teoría Crítica. La función social de la filosofía*. Buenos aires: Amorrutu Editores. Traducción: Edgardo Albizu y Carlos Luis.